

## **CONFINAR LA IDENTIDAD**

**Nery Esperanza Cuevas Ocampo<sup>1</sup>**

La situación de emergencia sanitaria que vivimos por la presencia del COVID-19 y el confinamiento como vía de prevención han tenido consecuencias psicológicas importantes. Pienso que la situación de confinamiento tiene un doble efecto: magnifica procesos no visibilizados anteriormente, tanto sociales como individuales, pero también tiene un efecto catalizador, de esta manera, las relaciones de violencia, las marcas de género, la ceguera ante la vulnerabilidad infantil, la desigualdad económica, entre otros muchos temas parecen adquirir una fuerza tal que nos demandan el pensar en respuestas.

Esta crisis de salud se inserta en la época de la posmodernidad, nos ha traído una condición de desencanto, de pérdida de esperanza y de una dificultad para encontrar referentes de significación que nos permitan orientarnos, tomar decisiones y especialmente construir sentidos y que nos llevan a un vacío de significaciones entre ellas está la pregunta por la identidad.

Al parecer somos una sociedad que ha vivido con miedo, con un miedo que acrecienta una sensación de parálisis de la potencia individual, que llega a afectar las emociones, ya que actualmente el mundo tiene un ritmo vertiginoso y a la vez ominoso, lo que nos dificulta enfrentar las situaciones y procedemos, con frecuencia, a aislarnos o bien a la violencia, que justamente nos alejan de la comunidad, de la posibilidad identificatoria, porque actualmente el otro está signado como portador de enfermedad.

---

<sup>1</sup> Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestra en Desarrollo Educativo por la Universidad Pedagógica Nacional, Profesora investigadora de tiempo completo del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Xochimilco. Miembro del área de investigación Estudios de Familias. Se ha dedicado a la investigación acerca de la docencia y los cambios de poder en las familias. Tiene diversos artículos sobre estos temas.

Bajo esta condición aparecen las actividades universitarias a distancia, usando pantallas, lo cual cambia de manera radical los vínculos, las maneras de estar-ahí, lo corpóreo y su lenguaje, entre otros impactos. Sin pretender hacer un análisis exhaustivo propongo que pensemos en temas como el significado de la casa, de la universidad, que son lugares marcados por lo simbólico, por los rituales que les son propios y que tienen un papel fundamental en los procesos identificatorios de los jóvenes estudiantes de Psicología<sup>2</sup>.

### **La cuestión de la identidad**

Sabemos que los sujetos requerimos un mundo de significaciones que hagan un mundo funcional y simbólico con representaciones individuales y colectivas que establezcan normas, valores, tipos de afectos y una finalidad de vida.

Esta representabilidad de una sociedad dada permite que aparezca la certeza que rodea al sentido derivado de las instituciones, cumpliendo así un papel fundamental en el proceso identificatorio de la psique, son fuentes de orientación que nos permiten referenciarlos, tomar decisiones y de manera muy importante: saber quiénes somos, tener condiciones de posibilidad para poder narrarnos a nosotros mismos, es decir, construir nuestro relato identitario. La génesis de la identidad, involucra un régimen de autenticidad básica, que nos lleva a pensar en su dimensión profunda, que va más allá de algo inamovible, el sentimiento de sí, el registro de mismidad.

Recordemos que nuestra identidad como seres humanos, se basa en la capacidad para diferenciar una representación de sí mismo y de los objetos. Esto va a depender de los vínculos establecidos con los objetos primarios, este proceso inicia con la aparición de la introyección, que da paso a la identificación y a la identidad del yo, conformando así la secuencia progresiva de la internalización.

Una vez que avanzamos de la representación solipsista hacia la social, nuestra identidad se vincula con el sentimiento mismidad, basada en el núcleo identitario que preservamos a través de nuestra vida y paradójicamente la identidad pasa a ser también social, somos con el otro y por ello es un fenómeno dialéctico, que cambia a través de las situaciones y momentos de vida, en un esfuerzo de equilibrio entre coherencia interna y congruencia con el entorno. La congruencia con el entorno habla de un encuentro entre nuestros afectos, valores e identidad y las demandas de la situación en la que nos encontramos. Simultáneamente intentamos preservar nuestra coherencia y a la vez responder a las demandas.

---

<sup>2</sup> Este artículo es una continuación de mi artículo previo “Los mapas de la identidad: de viajes y errancias”.

Si tomamos como punto de partida que a la identidad podemos pensarla como un viaje hacia el otro, que cuando culmina, paradójicamente, desaparece la alteridad. Es decir, la identidad es una pregunta que dirigimos al otro, una pregunta de orden ontológico. Al encontrar al otro, la marca es la alteridad, la diferencia, pero en un segundo momento buscamos su reconocimiento y establecemos un vínculo temporal, le demandamos nos done un lugar social, en el momento en que ese puente simbólico existe, desaparece la alteridad y es posible labrar un terreno común.

La identidad no es un proceso acabado, es inmanente a ella la contradicción, propia de los sujetos sociales, está formada por un conjunto de permanencias a través de un cambio continuo. Continuamente transitamos en la reconstrucción identitaria, como un acto creativo de nosotros mismos, como un collage que no acaba por rearmarse, en palabras de Castoriadis: "... el individuo de todos los días, vive haciendo collages, su individualidad es un packwork de collages" (1994 : 12).

Las instituciones sociales tradicionalmente habían ofrecido a través de los grandes relatos, de los mitos y en general de la historicidad un referente estable ante el devenir cambiante de la identidad del individuo, este ordenamiento tiende a la dilución del sentido y de manera especialmente importante a la fragmentación, generando vacíos que son ocupados por los discursos del capitalismo, con sus imágenes efímeras que deben renovarse continuamente.

¿En qué medida la alteridad nos define? Nos definiría hasta donde seamos capaces de preguntarnos por nosotros mismos y hacerse de una verdad que no sea hegemónica, una verdad sobre nosotros que sea especular o de servidumbre, sino producto de una reflexión, de *darnos a ver*, arriesgarnos a mostrarnos al otro.

Nuestra identidad en realidad es una narración, un relato identitario, entretejido en el tiempo. Bordado con cambios y permanencias, con encuentros y desencuentros. Es ese tiempo el que nos permite tener un hilo conductor, pretendidamente lineal que ayuda a conferir sentidos, a lo que está en el pasado y anuncia el futuro. El quehacer humano tiene así un soporte más allá del momento, permanece estableciendo una temporalidad inabarcable, como referente.

A través de los múltiples discursos, del encuentro con los otros, el sujeto compendia los diferentes tiempos en una suerte de malabarismo y paulatinamente logra tener un horizonte social, de modo que su mundo individual se amplíe en la historia colectiva.

La identidad en su complejidad puede ser abordada desde diferentes miradas, desde la génesis de esa identidad nuclear que nos da un sentimiento de sí y es el punto de partida de un largo recorrido vital, en el cual la identidad que no es una esencia, no existe por sí misma, es un proceso social donde las interacciones ocupan un lugar central, esencialmente es una construcción sociocultural, que solamente adquiere existencia en el encuentro significativo con el otro.

El proceso identificatorio inicia a partir del encuentro de la madre con el cuerpo del bebé, que en su presentificación demandará la mirada materna, una mirada que se reconocerá en él y le donará el lugar de hijo de esa madre, convocando la emergencia de un principio identitario, el cuerpo del bebé será el espacio que constituirá su subjetividad como sujeto y posteriormente este cuerpo será vehículo de transformación del espacio real en una extensión de su espacio psíquico.

### **La casa, ese espacio vital**

El primer espacio real al que tiene acceso ese bebé es la casa, que se simboliza como un espacio que contiene los primeros intercambios sociales, se convierte en representación de intimidad, de lo individual, que permite el aislamiento y la soledad, tiene una carga de un lugar que propicia un estado deseado, más allá de una construcción deviene en un hogar.

La casa deviene en un territorio, en espacio simbolizado, que es una construcción social donde se juegan los sujetos. Este espacio, que es eminentemente social, es un lugar vivo, donde los sujetos demandan, construyen alianzas y hacen la cotidianidad. En el espacio concurren los diversos territorios y por decirlo así se ponen en juego, lo que implica diversas percepciones, valoraciones y actitudes territoriales. En el encuentro en ese espacio construido se dan continuas reorganizaciones territoriales, es decir, es siempre cambiante.

Esta construcción del espacio y territorio no es ni absoluta ni neutral, siendo producción de la subjetividad humana, es entonces que hablamos de la espacialización del poder, en tanto que son lugares simbólicos, están signados por operaciones de dominio y sumisión involucrando relaciones de cooperación y conflicto que ocurren en ellas.

Este espacio es construido históricamente y las relaciones sociales se expresan, necesariamente como territorio y se expresa como territorialidad. El territorio es el escenario de esas relaciones sociales y no solamente el marco espacial, la actividad de los actores en la casa es diferencial y por lo tanto su capacidad real y potencial de crear, recrear y apropiarse territorio es desigual.

Actualmente el término territorio es considerado un constructo social y político que refiere a construcción de identidades colectivas, a flujos de procesos de conocimiento, origen de visiones del mundo y de sí, gestando nuevas representaciones. El sentido de pertenencia e identidad, el de conciencia familiar, sólo adquieren existencia real a partir de su expresión de territorialidad, es así que, en un mismo espacio se sobreponen múltiples territorialidades y múltiples lealtades.

El territorio, entonces, representa un espacio que no es solamente la suma de los diferentes elementos, sino que contiene una estructura dinámica con un alto nivel de coherencia, en continuo cambio, en sus representaciones e incluyen personas, recursos, necesidades

posibilidades, formas de agrupación, organización e incluso transmisión. En otros términos, la casa familiar al volverse territorio, es el lugar desde el que se habla, desde el que se mira al mundo.

La casa en donde estamos referidos identitariamente y que establecemos como territorio, como *lieu de vie*, es decir nuestro espacio vital, tiene una función de transmisión transgeneracional que sigue haciendo eco a través del tiempo y el espacio, marcan los momentos claves de nuestra historia y muestra, a través de sus intersticios, la posibilidad del cambio en la línea familiar, de la búsqueda del proyecto personal.

Para que se desarrolle un espacio de elección es necesario recordar nuestra vivencia en ella para poder reparar y transformar nuestra identidad. La vivencia de estar en casa requiere de discontinuidad que opera como una fuente de reaseguramiento. Es a través de la repetición y la diferencia que encontramos nuestro sentido de ser. Necesitamos idealizarla, a través de la simbolización y regresar a ella para refrendar nuestro existir en ella. Actualmente la casa aparece como continuidad que obtura estos procesos.

### **La escuela como momento de la suspensión de la familia**

Para el adulto joven la posibilidad de salir del espacio privado al público está asociada con la autonomía, la independencia de la grupalidad familiar, es fuera de ella que tiene un horizonte de fuentes identificatorias alternas que le asignan un lugar diferente al de hijo, hermano, sobrino y que ha creado una identidad en la jerarquía familiar, así como la lectura que hacen de él sus familiares en razón de género, orden de nacimiento, historia compartida, así como aspecto físico.

El joven cuando atraviesa el umbral de su casa de alguna manera también atraviesa un umbral de afirmación de su individuación, llevará paradójicamente, a su familia, pues más allá de que tengamos una familia, ésta nos habita, nos constituye y de alguna manera nos hizo ser. Sin embargo, las situaciones a las que se enfrentará son del ámbito de lo inesperado, de lo incalculable a diferencia de lo previsible que es el estar en casa.

Cuando el estudiante sale de su casa abandona el territorio simbolizado, que contiene la historia compartida con su familia a través de objetos, rituales, espacios simbolizados, una ritmicidad dada y que alberga las expectativas y roles de la familia. La emergencia de este lugar es en cierta forma la emergencia de sí, el cambio de escenario es una puesta a prueba (el performance) de lo que ha logrado, de lo que busca y de sus límites.

Cuando se suspende la separación casa-escuela, observamos que los estudiantes no cuentan con equipos ni espacios específicos para estar en clases, se dificulta en disposición de participar

en la clase, mantener la forma relacional que tienen con sus pares. Las reivindicaciones, que el joven estaba poniendo sobre la mesa, pueden perderse en este contexto de la órbita familiar.

Al salir se plantea la separación del grupo familiar, la búsqueda del camino propio, como una elección que involucra una promesa de futuro, que puede ser sostenida o no por su familia. Es algo fáctico, el cuerpo mismo se aleja, abrir el umbral de la puerta marca la discontinuidad de la presencia. Permite que la casa sea un lugar al cual volver, un lugar que se va haciendo discontinuo en la medida que se crece. De alguna manera se gana la esfera de lo público y se vuelve más importante que lo privado.

A diferencia de la educación media superior, en los cuales el alumno, se veía obligado a estudiar temas fuera de su interés, el ingreso a la Universidad está marcada por un cierto orden de elección, que encuentra sus límites en el proyecto familiar, donde el estudiante es visto como el emisario del logro familiar, específicamente es la prueba de una crianza exitosa, del orgullo familiar.

Cuando la elección logra conciliar las demandas y encargos familiares, al tiempo que se construye un proyecto personal, podemos pensar que el proyecto de futuro de ese joven es más sostenible. Ha tomado parte del discurso familiar sin servidumbres.

El estudiante al estar fuera de casa construye una identidad, con sus compañeros en la Universidad, lo que le permite probarse de otras formas, hacer uso de sus recursos socializadores y tener fuentes alternas de identificación. Él está logrando participar en diferentes ambientes y avanzar en la toma de conciencia del lugar que le ha asignado su familia.

En la Universidad se construyen nuevas formas de simbolización de los espacios, se establece una relación, una tensión entre la pertenencia y el pertenecer, la apropiación de los espacios y tiempos tiene una naturaleza diferente. Corre por los discursos y significaciones asignadas a esta entidad, así como a la significación del saber.

Siguiendo las propuestas de Masschelein y Simons desde su origen, la escuela ha creado un tiempo libre, libre de los momentos de producción, así el educando destina parte del día a un tiempo creado, alterno, que al sustraerlos de sus casas se espacializa y se caracteriza por ser un tiempo igualitario. Es un tiempo que marca un presente, una forma de estar ahí, la familia y la historia personal son puestos entre paréntesis y el aula se territorializa, se habita (2017, 11).

El espacio mismo y sus rituales nos llevan a lo que pudiéramos llamar estar en modo clase, actuando dentro de ese tiempo alterno, sustrayéndonos del ambiente externo y con el sentimiento de pertenencia grupal. Desde luego aquí la figura del maestro es esencial y si logra que tengan la experiencia compartida, es posible lo comunitario.

Es esta comunidad que a través del surgimiento de la escuela tiene acceso al conocimiento que había sido sacralizado, que solamente era accesible a ciertas personas, hoy en día se abre la posibilidad para todos.

Es interesante comentar que aún aparecen términos de lo sagrado y sus rituales en la enseñanza con frases como el Templo del saber, el apostolado, los discípulos, los alumnos y muchos más. En la Universidad existen de manera ritual las pruebas, los obstáculos para acceder a sus aulas, es un espacio donde los padres y la familia usualmente, no tienen lugar, por lo que obtendrán información sobre lo que ahí ocurre a través de la narrativa del estudiante.

La diferenciación de espacios casa y escuela dio lugar también a delimitar el poder del saber, de la palabra del padre a la casa, en tanto que en la escuela este saber está depositado en el maestro y los libros. La palabra del maestro se sacraliza.

En la situación de confinamiento toda la familia ha tenido que modificar sus actividades, así como el uso del tiempo y espacios. Al traslaparse los espacios de casa y clases observamos como se desdibujan las fronteras de lo considerado universitario, a las clases a distancia acude el estudiante y algunos miembros de su familia, los padres conocen a los compañeros y al maestro, de manera sigilosa se incorporan al espacio del hijo. El aula ha dejado de ser una caja misteriosa e inexpugnable para volverse transparente y accesible.

Pienso que el problema que surge no es el de democratizar el acceso al conocimiento, sino que la superposición de ambos espacios, casa y escuela, con sus ámbitos de significación, resitúan al joven como hijo, en un territorio familiar y le dificulta la construcción de un proyecto identificadorio como universitario. Se pierde la espontaneidad de la participación y de la relación con sus compañeros, así como la construcción de ese tiempo espacio alterno.

Sabemos que el uso de las pantallas que ciertamente no nos alojan, no son habitables, nos lleva a una relación artificial, fragmentaria, que tiende a sustraer tiempos y espacios, donde el otro aparece de frente mirándose a sí mismo, la corporeidad no comunica, la gestualidad pierde fuerza y la percepción de pertenencia al grupo se ve amenazada. Han (2014) subraya que estamos hiper comunicados e hiper informados pero sin ningún tipo de diferencia y la dimensión de lo humano esta hiperpresente.

No miramos las pantallas, simplemente estamos expuestos a ellas, porque realmente ver no es mirar y oír no es escuchar, cuando miramos tomamos conciencia de lo que registramos, da lugar al pensamiento, las emociones. Se recuperan elementos de la memoria y surgen las ideas, se activa la imaginación. Es recibir hospitalariamente las palabras que nos circundan, entenderlas, procesarlas, comprenderlas. Es captar el significado de los sonidos y capturar el contenido de los silencios.

Nos está haciendo falta la mirada del otro que hace que como sujetos tomemos conciencia de nuestra mismidad, de nuestra identidad y personalidad singular. Es en la relación cara a cara que ese otro aparece como radicalmente diferente de mí, es esa asimetría la que altera mi conciencia y abre la posibilidad de ser sensible a los sentimientos de los demás.

Pienso que, de hecho, ya estábamos viviendo un proceso de desencuentro entre el alumno supuesto por el profesor y el alumno real, ya que los docentes con frecuencia olvidamos que los jóvenes no se inscriben en el régimen de una subjetividad institucional, sino mass mediática. Lo que vivimos actualmente exagera su fuerza al disminuir los contactos directos con sus pares.

La parte que se ha preservado parcialmente en estas clases a distancia, es la de los rituales propios de la sesión de clases. Tal vez porque los maestros que tenemos mucho tiempo en la docencia conservamos y repetimos formas relacionales y de estructura en las clases, que son parcialmente formas rituales pero que, en estos momentos, nos alojan en la repetición y la diferencia. De alguna manera, esto parece ser más por la costumbre que por una toma de conciencia.

### **¿Por qué son importantes los rituales?**

Su importancia reside en su naturaleza simbólica, los ritos mantienen a través de acciones repetidas la cohesión de una comunidad. Su función a lo largo de las generaciones es la de transmisión de valores. En cada símbolo del rito hay un posible reconocimiento, es volver a pasar por lo que ya se conoce y que Han describe bellamente como la instalación en un hogar, postula que al superar el primer encuentro con algo se le idealiza y logramos captar lo permanente en lo fugaz y así se percibe lo duradero (2020: 6)

Hoy aparentemente vivimos un proceso de des-simbolización, es decir, existe un vacío simbólico en el cual, señala Han, se “pierden las imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida” (Han, 2020 : 6) y ante ello subraya la importancia de llevar a cabo los rituales, porque su pérdida tiene consecuencias en varios niveles, no solamente habla de un transcurrir en el tiempo sin duración, sin pausa, sin momentos que den pie al acontecimiento, sino que al definir a los rituales como ”técnicas simbólicas de instalación en un hogar” (Han, 2020 : 8) enfatiza que deberían marcar, en su realización, el reencuentro que da certidumbre, que nos hace sentir como estar en casa, en un sentido metafórico, nos dan confianza y ordenan el tiempo.

La desaparición de los rituales nos arroja a la fluidez continua de informaciones, de relaciones, laborales y la necesidad de desarrollar identidades nómadas se vuelve clara, no necesitamos ser sino parecer, escenificar en cada momento una impostura. Pero eso es costoso, vivir sin puntos de anclaje, con vínculos frágiles y temporales nos desborda.

Estamos viviendo carenciados de fuentes identificatorias alternas a nuestra familia, sin significaciones que generen sentidos, con falta de pertenencia comunitaria, por lo cual aparece como urgente la restauración de nuestro lugar en el mundo, hacerlo habitable en un sentido simbólico, buscando un cierto orden de estabilidad en la vida, a través de alianzas con otros, alentar la práctica de la hospitalidad, es decir recibir al otro como una responsabilidad ética que aparece como un don.

### **La Universidad como fuente de identidad colectiva**

Como docente de la licenciatura en Psicología los invito a enfrentar esta situación priorizando el bienestar emocional de nuestros alumnos, partiendo de alojar la condición de diálogo, que involucra un momento de responsabilidad, hacernos cargo de ese lazo y cuidarlo, preservando su posibilidad de creación conjunta, así como la presencia de rituales como fuentes de certeza. Consideremos que la base es la calidad humana del maestro y la existencia de un proyecto en común.

Propongo incluir actividades complementarias en tres fases: iniciar con actividades que propicien la construcción de grupo, ya que esta pertenencia es fuente de identidad colectiva, posteriormente habría que moverse en los ejes de tiempo, para romper este presente eterno que ofrecen las pantallas, realizando actividades para situarlos en su grupo familiar y el lugar que les ha sido asignado en él, a través de historias, fotografías, frases de familia y otros, una tercera fase es apelar a lo individual a través de imágenes, narrativas, dibujos, música que nos han acompañado desde la infancia a la actualidad, finalmente pasar a la autobiografía y el autorretrato para tomarnos como objetos de reflexión buscando responder a la pregunta de ¿quién soy?

Deseamos creer, ya que un mundo sin creencia no lo podemos tolerar. Esta es una de las formas en que el ambiente universitario puede producir una subjetividad en la que no se aliene el sentido de la vida, el deseo y la creatividad.

## Bibliografía

AINSA, Fernando. *Palabras Nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Madrid: Vervuet, 2012.

CARPINTEIRO, Enrique. *La alegría de lo necesario, Las pasiones y el poder en Spinoza y Freud*. Buenos Aires: Topia editorial. Colección para el siglo XXI, 2015.

CASTORIADIS, Cornelius. *La crisis actual del proceso identificador*. Buenos Aires: Zona Erógena No. 31, 1996.

CUEVAS, Nery. “Los mapas de la identidad: De viajes y errancias”. En RAMÍREZ Beatriz, *Ecos de Castoriadis. Para una elucidación de la institución hoy*. Ciudad de México: UAM, 2017.

HAN, Byung Chul. *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Herder. 2020.

HAN, Byung Chul. *En el enjambre*. Barcelona: Herder. 2014.

MASSCHELEIN, Jan y Marteen SIMON. *En defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño & Dávila. 2017.

MERCADO, Asael. y Alejandrina HERNÁNDEZ. “El proceso de construcción de la identidad colectiva”. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 17 no.3, 2010. Disponible en: [www.redalyc.org/pdf/105/10513135010.pdf](http://www.redalyc.org/pdf/105/10513135010.pdf) Consultado el 7 de octubre de 2020